



**Úrsula García Méndez, trabajadora jubilada que decidió quedarse cultivando la tierra.**



**Marleny Fernández Toledo, directora del proyecto.**

# Mujeres que alimentan la esperanza

**Texto y fotos: Anisbel Luis Reyes**

Desde 2012 funciona en Santa Clara la unidad productiva Alas para una alimentación sostenible y sana. El espacio nació entre marabú y tierra dura, y hoy es referente de agroecología y resiliencia. Allí se cultivan hortalizas como lechuga, remolacha, zanahoria, cilantro, perejil, apio y rábano, además de flores y frutales. La rotación de cultivos, el uso de lombricultura y la fertilización orgánica son prácticas habituales que garantizan alimentos limpios y sin químicos.

La directora del proyecto, Marleny Fernández Toledo, recuerda los inicios: «Llegué en un momento muy difícil, pero con el apoyo del proyecto Alas decidimos crear un grupo de emprendimiento femenino: Mujeres con alas, en servicio a la comunidad. Poco a poco fuimos creciendo en cultura, en conocimiento de nutrición y en la capacidad de demostrar que sí se puede producir limpio».

Marleny insiste en que el aprendizaje ha sido integral. «Nos capacitamos en conservación de alimentos, financiamiento y cómo sostener un negocio comunitario. Aprendimos a hablar de nutrición en un país donde, a veces, es difícil convencer a la gente de que una remolacha o un licuado de perejil pueden ser más nutritivos que lo que tradicionalmente consumimos».

## DIFICULTADES QUE NO FRENAN LA VOLUNTAD

El camino ha estado lleno de obstáculos. Las lluvias han afectado cosechas, el combustible escasea y los precios topados limitan la rentabilidad. «A veces vendemos a 60 pesos la libra, mientras otros lo hacen a 150, pero seguimos convencidos de que producir para el pueblo es nuestra misión», afirma Marleny.

La falta de insumos y el alto costo de semillas son otros desafíos. «El paquete de semillas de remolacha puede costar hasta 25 000 pesos, y eso nos obliga a buscar alternativas y alianzas», explica. La unidad ha debido reinventarse con tecnologías limpias, como paneles solares, y con encadenamientos productivos que incluyen el aprovechamiento de estiércol para fertilizar los suelos.

Úrsula García Méndez, trabajadora jubilada que decidió quedarse en la tierra, lo resume: «Siempre me gustó el campo. En cuatro años he visto crecer cultivos, perder

## Un proyecto agroecológico liderado por mujeres, en Los Moros, Santa Clara, produce alimentos y abastece a la comunidad, pese a las dificultades.

cosechas y aprender nuevas tecnologías. El proyecto nos enseñó a rotar los canteros, aprovechar el agua del pozo, y nos dio la fuerzas para seguir adelante».

La resiliencia también se expresa en la capacidad de enfrentar pérdidas. «Una vez se nos rompió la turbina y perdimos buena parte de la cosecha, pero aprendimos a instalar nuevas tecnologías y desde entonces el trabajo es más seguro», recuerda Úrsula.

## COMERCIALIZACIÓN Y COMPROMISO SOCIAL

La comercialización se realiza directamente con el consejo popular, en ventas locales y en la feria del Sandino. Los productos se distribuyen con un triciclo eléctrico que permite llegar a más personas, incluso en tiempos de crisis energética.

El compromiso social constituye una de las fortalezas del proyecto. Sus trabajadores abastecen hogares de ancianos y hospitales, llevando alimentos frescos en momentos críticos. «Estamos en disposición de llevar el consumo social a cualquier lugar donde haga falta», asegura Marleny Fernández Toledo.

La comunidad también participa activamente. Los niños aprenden a degustar vegetales en talleres donde se preparan dulces de boniato o croquetas de zanahoria, descubriendo que la nutrición puede ser atractiva y divertida. «Les hacemos probar alimentos que nunca habían comido, como el dulce de boniato, y terminan

encantados», comenta la directora.

Marleny reconoce que la comercialización es un reto: «No tenemos punto de venta fijo y eso nos obliga a llevar los productos directamente a la comunidad. A veces la gente prefiere que se los acerquemos en carretilla o en el triciclo eléctrico, porque llegar hasta aquí no siempre es fácil».

## EL ROSTRO FEMENINO DEL CAMPO

El proyecto es, sobre todo, un homenaje a la mujer rural. Tres de los cinco trabajadores son mujeres y ellas llevan el peso de la siembra, la cosecha y la comercialización.

Yanisleidy Ramos Sarduy, la más joven, combina su labor agrícola con la crianza de sus hijos. «Aquí se hace de todo: sembrar, regar, cosechar. No hay tarea que no asumamos entre todos. Me gusta el campo y me siento útil».

Su testimonio refleja la cotidianidad de muchas mujeres rurales. «Trabajo aquí porque me queda cerca de mis niños y puedo atenderlos mejor. En el campo no hay horarios fijos, pero siempre hay algo que hacer. Aunque no tengamos merienda ni condiciones óptimas, nos quedamos hasta el mediodía y regresamos cuando hace falta», agregó.

La presencia femenina en la agricultura sigue siendo un desafío, pero experiencias como esta demuestran que la mujer rural no solo siembra alimentos, sino también esperanza. Marleny, Yanisleidy y Úrsula

encarnan la continuidad de las Marianas y de tantas agricultoras que han hecho de la tierra un espacio de resistencia, innovación y cuidado comunitario.

## SEMBRAR COMUNIDAD, SOLIDARIDAD Y FUTURO

El proyecto Alas para una alimentación sostenible y sana, ubicado en Los Moros, no solo es fruto del esfuerzo campesino, sino también del acompañamiento del programa internacional ALASS, que desde sus inicios ha brindado capacitación, asesoría técnica y recursos para sostener la producción. Con financiamiento de la Unión Europea y la coordinación del Ministerio de Agricultura junto al Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, esta iniciativa promueve cadenas de valor locales sensibles a la nutrición y apoya el autoabastecimiento en varios municipios del centro del país.

Gracias a ese respaldo, las trabajadoras han podido acceder a talleres sobre nutrición, conservación de alimentos y gestión financiera, además de recibir insumos básicos y tecnologías limpias como paneles solares, que hoy garantizan la continuidad de la producción en medio de la crisis energética. «El proyecto nos dio herramientas para diversificar ingresos, nos enseñó a producir semillas nuevas y nos ayudó a entender que la agricultura también es educación y salud», explica Marleny Fernández Toledo.

Úrsula García Méndez reconoce que la llegada de Alas marcó un antes y un después. «Nos enseñaron a rotar los cultivos, a aprovechar mejor el agua y a trabajar con lombricultura. Con esas técnicas pudimos enfrentar pérdidas y seguir adelante».

Por su parte, para Yanisleidy Ramos Sarduy, el proyecto significó una oportunidad de empleo digno y cercano. «Aquí aprendí que la tierra se defiende con conocimiento, y que las mujeres también podemos ser protagonistas en el campo».

Así, Alas no solo dio nombre a la unidad productiva, sino que se convirtió en símbolo de resiliencia. Lo que comenzó como un terreno lleno de marabú hoy es un espacio donde se siembran alimentos, comunidad y solidaridad. En tiempos de dificultades económicas y sociales, las mujeres rurales de Los Moros sostienen con sus manos la tierra, y con su esfuerzo, la esperanza de un país que necesita más que nunca de su ejemplo.

